



**«RECUPERANDO LA VERDAD».
ENTREVISTA A MARÍA DE LOS ÁNGELES MARECHAL**

Javier de Navascués
(Universidad de Navarra)

JN – En 1991 creas la Fundación Leopoldo Marechal, como hija del escritor junto a tu hermana Malena. Es una tarea hecha a pleno pulmón, sin ayudas oficiales prácticamente nunca y con pocos medios. Pero, a tu juicio, haciendo balance, ¿cuáles son los hitos más importantes que se han logrado desde entonces?

MAM – Muy cierto, sin ayudas oficiales y con dificultades oficiales. Me tuvieron de un lado a otro ya que los trámites los inicié en 1989. Gracias a la Dra. María del Carmen Waeber, abogada, y a la Dra. Fernanda Barrero, contadora, logré el objetivo pese a la negativa inicial y trabas varias generadas porque la Sra. Rosbaco, que tenía influencias políticas, había creado una asociación sabiendo que yo estaba tras el reconocimiento de la Fundación (tengo los papeles de esa época). Al fin lo logré. Hice muchas actividades, pequeñas y grandes. Muy importante y valiosa fue la gesta del homenaje a Marechal en 1995. Gracias a mi hermana Malena se logró el Centro Cultural San Martín durante cinco días; desde la sala más importante del primer piso hasta el teatro que estaba en el subsuelo ingresando por la plaza seca. Su director Eduardo Rodríguez Arguibel nos cedió las instalaciones y hasta dispuso de un presupuesto que se utilizó para la puesta teatral de *Sátiro*, cuento de Marechal que Malena llevó al lenguaje teatral. Fue un éxito de mi querida hermana. Recuerdo al compositor Juan Carlos Zorzi felicitándonos por el esfuerzo y especialmente felicitando a Malena por su puesta. Eduardo Rodríguez Arguibel nos dejó trabajar libremente y siento hoy que fue un gran hito. Si mal no recuerdo participaste del evento, fuiste uno de los disertantes.

Las jornadas de homenaje en 1998 y 2000 también fueron muy valiosas y permitieron se reconociera nuevamente a Marechal. Fue increíble cómo se fueron sumando eventos, tanto aquí como en el interior. En el 2000, por ejemplo, fui

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

invitada a hablar en Río Grande, Tierra del Fuego y en Posadas, Misiones. Mientras, seguía intentando recuperar los manuscritos.

Varios grandes hitos se vivieron, algunos dentro de la Fundación y otros personales o familiares, por ejemplo: las diversas puestas teatrales que realizó Malena, mi hermana, presentando al personaje Adán Buenosayres, llevada a colegios, teatros, etc. y cuyo broche de oro fue con el espectáculo teatral «Rueda Adán en Buenos Aires con sus azules tapas», texto que, al igual que los anteriores, escribió, diseñó y dirigió Malena; tu valiosa edición de la novela *Adán Buenosayres* estudiando los manuscritos que, al fin, había recuperado (no en su totalidad pero una buena parte de ellos); el haber conocido al Dr. Norman Cheadle que nos ubicó por internet, vino a Argentina, conoció Maipú y disertó en Mar del Plata allá por el 2003 que coincidió con un evento anual de homenaje a Marechal poeta. Algunos libros que se pudieron editar; homenajes en la Feria del Libro; la invitación a la Fundación a participar en los coloquios realizados en la Universidad de Jena, Alemania, gracias a la Dra. Claudia Hammerschmidt y a su admiración por la obra de Marechal. También debo destacar la sumatoria que se logró tras el primer coloquio con los objetivos mancomunados entre la Dra. Mariela Blanco representando a la Universidad Nacional de Mar del Plata y la Dra. Claudia Hammerschmidt a la Universidad de Jena, Alemania, la gestación del segundo coloquio, los libros editados en Alemania que contienen las disertaciones y el máximo hito fue la exposición sobre Marechal y Xul Solar (2019). Una gran, gran alegría, que pude vivir. Exposición que iba a continuar en este año 2020; pensaba se pudiera conocer en diversas universidades del interior de Argentina. Quedará para cuando finalice la pandemia.

Por último, doy gracias, aunque no los nombre, a todos los que me han ayudado en forma generosa a llevar adelante este emprendimiento con muy, reitero, muy pocos recursos económicos.

JN – Si te parece, podemos hablar de algunos aspectos biográficos y luego repasamos algunas cuestiones que has ido develando en tu investigación sobre tu padre. Vayamos a lo personal en primer lugar. ¿Cuáles son tus primeros recuerdos familiares?

MAM – El primero, ver a mi mamá en cama con un bebé en brazos. Estábamos en un sanatorio y mi padre estaba a su lado. Años después le pregunté a mi prima y madrina Elsa qué era ese artefacto que mi madre tenía en su seno y le unía a la beba, Malena. Ella me explicó que era un aparatito para que le saliera leche.

Nosotras, las niñas, cenábamos solas; teníamos una pequeña mesa en nuestro dormitorio, y nos acostaban temprano. Papá pasaba todas las noches a darnos un beso, nos hablaba y nos encomendaba a nuestro Ángel de la Guarda. En

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

invierno solía llevar un vaso con bebida, luego supe que era whisky, y, si le pedíamos, nos dejaba mojar los labios en su vaso; era un «calientapié» decía. Recuerdo haberme despertado en mitad de la noche al escuchar voces y aparecía, medio dormida, en medio de una reunión, donde era muy bien recibida por las amistades de mis padres. Ellos eran muy sociables, les gustaba mucho recibir visitas. Mamá era una excelente cocinera que, pobre, se desvelaba conmigo porque no quería comer carne. Fui una niña que dio trabajo, tuve todas las infecciones infantiles; en cambio, Malena era más sana, era una criatura hermosa desde que nació.

Hay muchos más recuerdos de, digamos, mi tránsito por nuestro hogar. Recuerdo, por ejemplo, que el Patronato de la Infancia, entidad señera entre los años 20 y 40, tuvo una excelente idea. A quienes nacíamos un 2 de octubre, día de los Ángeles Custodios y del niño pobre, se nos ofrecía una alcancía para colaborar. No sé si llegaba a mi casa o si mis padres la iban a buscar. Mucho tiempo después, ya de grande, quise ver y fotografiar si había algo que correspondiera a mis primeros años de vida. Me acompañó Diana O'Higgins. La alcancía era una cabeza de vaca que, de la mano de mi mamá, llevaba conmigo cuando salíamos pidiendo que pusieran algunas monedas. Me alegró ver que cada alcancía tenía el año marcado; sólo tenía en mente la imagen. Mi «vaquita» resultó ser una *shortorn*, según me explicaron, y correspondía al año 1945. Cada año era un elemento distinto (en 1946, por ejemplo, fue un tomate). Hoy, después de tanto tiempo, me veo yendo de un escritorio al otro en la oficina de mi padre (siempre íbamos a visitar la oficina de mi papá) y, como toda niña, me veo feliz con los halagos que me brindaban y el aporte que dejaban. Para mi mirada infantil esa alcancía, esa «vaquita», era pesada y grande. Al tenerla en mis manos no pude dejar de sonreír al ver la fragilidad de la misma.

JN – ¿Qué recuerdos tienes del proceso de la enfermedad y la muerte de tu madre?

MAM – Dios se llevó a Mamá cuando yo tenía 7 años y medio, y un mes antes mi hermana menor había cumplido 5 añitos. Veo, vivo aún hoy en mi memoria, una tarde: estábamos con Papá, Mamá llegó de la calle y se sentó con nosotros en el living; Papá le hizo una pregunta y sentí un gran silencio... mientras ella nos miraba. No puedo decir por qué, no recuerdo las palabras, pero algo dice en mi interior que Mamá le contaba a mi padre el diagnóstico y la futura operación. Esa operación sucedió en **abril de 1946**. Por la familia Fahey supe, muchos años más tarde, que mamá nos hablaba, aun sabiendo que no la comprenderíamos; nos decía que ella se iba a tener que ir, pero que nos quería mucho y que nos teníamos que cuidar.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Han circulado datos falsos sobre la morfina que presuntamente le administraría mi padre para sobrellevar los dolores de la enfermedad (en Andrés, 1968: 43). Como expuse en diversas oportunidades, mi madre parecía sana. Ya dije antes que nació un 2 de octubre, luego la alcancía que antes mencioné llegaba siempre en mi día. El *shortorn* o la vaquita era de 1945. No es posible que mi mamá me llevara pasear ese día con la alcancía si estaba agonizando y mi papá aplicándole morfina cada tres horas por esa época, tal y como se lee en el libro de presuntas entrevistas a mi progenitor. Por otro lado, este tema ya lo desarrollé en la Biocronología (Marechal, M. A. 2020: 168-169). Acredito con la esquila que mi padre le remite a su hermano/amigo Francisco Luis Bernárdez en donde se ve que no estaba necesitando inyecciones de morfina en octubre de 1945 ni en 1946:

13 de abril de 1946

Querido Paco:

Te escribo apresuradamente unas líneas para comunicarte que Zoraida fue ya operada y que se encuentra bastante bien. Esperemos que Dios le conceda la salud que tanto necesita. Las cosas, por aquí marchan bien: hay expectativas, porque el Coronel está enigmático, y a mi juicio procede macanudamente. Recién me habló Schiavo¹ para despedirse, pues mañana sale para Mendoza. Te espero el 23 o el 24. Cariños a Laura y al chiquito. Un abrazo de Leopoldo (en Marechal, M. A. 2020: 168).

Además, Leopoldo nunca supo dar una inyección y, por la misma razón, tampoco manejar un auto, ya que temía provocar algún daño.

Recuerdo con absoluta nitidez mi primera comunión, el 3 de octubre de 1946, y a Mamá diciéndome al oído en la escuela Adoratrices, antes de ingresar a la capilla, «rezá por mí». El chocolate, la foto en Rodin que conservo gracias a que mamá me hizo dedicarle una a mi abuela paterna y a mi tía; y, también, mi fiestita en nuestro hogar de Rivadavia 2341, piso séptimo, Departamento 30. Aún veo el rostro bondadoso de Don Pedro, el portero del edificio, los cuadros que adornaban las paredes, cómo estaban ubicadas nuestras camas y mucho más. Era un deleite mirar a Mamá cuando se preparaba para ir al encuentro de papá, muy bonita y elegante.

Una anécdota del proceso que me contaron mi tía y prima sobre cómo sobrellevaba su enfermedad fue una salida que hizo con ambas. Zoraida recibió un hermoso piropo y ella, con buen humor, les dijo a su sobrina y cuñada: «¡Si supiera el agujero que tengo en la panza!». Por mi familia sé que dio clases hasta

¹ Horacio Schiavo, poeta y buen amigo de Marechal.

poco antes de su ausencia terrestre. En su última etapa, estaba bastantes horas en cama, la vi aplicarse inyecciones en la parte delantera de la pierna. Le preguntaba qué era y me respondía «remedios». Imagino que serían calmantes.

Solíamos tener una persona en el hogar para ayudar en las tareas domésticas, pero mamá lo dirigió hasta poco tiempo antes de su ausencia terrestre. En cambio, a nuestra mamá no le gustaba dejarnos con empleadas, nos llevaba a lo de nuestra abuela Lorenza o venía mi madrina Elsa a casa si ella tenía compromisos. Usaba un almohadón especial que trasladaba de una silla a otra. No puedo precisar la fecha en que dejó de trabajar, conversando con María Emilia Pérez y Susana Aguirre, dos de sus alumnas en el Normal n° 4, estimaron fue ya iniciado el año escolar 1947².

JN – Tu padre dedicó muchos años de su vida a la profesión de maestro y, de hecho, su vocación docente tiene un lugar en su obra literaria, por supuesto, en ciertos episodios del *Adán*, pero no solamente en ellos. Tu madre también era docente. ¿Tienes recuerdos de aquella profesión de tus padres? ¿Venían antiguos discípulos a visitarlos? ¿y otros escritores y artistas?

MAM – Era un hogar alegre, con permanentes visitas y reuniones. Siempre se festejaban los cumpleaños y la familia concurría continuamente. En enero de 1995 tuve ocasión de ir a Madrid a la presentación del *Adán Buenosayres*, editado por Castalia, una novela que fue declarada patrimonio literario en España. Tras la disertación se me acercaron dos personas a saludarme; no sé quién les habría dicho que yo estaba en la sala, ya que no se hizo mención alguna al tema. Fueron Alonso Zamora Vicente y Francisco Ayala. Ambos me dijeron que me conocieron de muy niña, que estuvieron en mi hogar y recordaban a mi madre. Francisco Ayala, muy gentil, me invitó a tomar el té a su casa. Fui y disfruté mucho ese reencuentro, con recuerdos de Ayala en su paso por Buenos Aires y su amistad con mis padres. Esa tarde le pedí su autorización para publicar en nuestro país su disertación, que me había encantado. Me la dio y así fue cómo salió en el ejemplar de homenaje de la revista *Proa*, en el año 2000.

Rastreando información encontré algunos artículos escritos por alumnos, algunos dedicados a mi madre y otros a mi padre. Mamá, profesora de castellano, estuvo dando clases en la escuela Normal n° 4; de allí son las tres exalumnas que ubiqué. De mi padre hay escritos hasta de sus alumnos de la escuela primaria³.

He tratado a varios amigos de mi padre, algunos me regalaron los libros dedicados que tenían, sabiendo que nosotras fuimos despojadas de todo lo que

² Ver Anexo 1.

³ Ver Anexo 2.

conformó el hogar Marechal-Barreiro. Cito a Francisco Luis Bernárdez, Ignacio Anzoátegui, Horacio Schiavo, Ludmilla y José Fioravanti, Ilka Krupkin, Brígida Frías de López Buchardo y otros... No puedo decir lo mismo del que creció a la sombra de mi padre e iba a misa desde su adolescencia junto a Zoraida y Leopoldo, cuando eran novios, y que tuvo la pésima idea de presentarle a Rosbaco: José María Castiñeira de Dios. Él olvidó que Leopoldo lo siguió en sus estudios y corrigió sus primeros poemas por sugerencia de mi mamá. Todo esto lo recuerdo como testimonio de mi abuela Lorenza B. de Marechal, sus hijos Alberto y Hortensia, y su nieta Elsa Ardissono Marechal.

JN – Francisco L. Bernárdez es su gran amigo durante mucho tiempo. ¿Qué puedes contarnos de esa relación?

MAM – Los dos habían nacido en el mismo año, 1900, y fueron muy amigos desde su etapa juvenil. Son sabidas sus andanzas por Europa. Mi abuela Lorenza y mi tía Hortensia contaban muchas anécdotas sobre las visitas que papá le hacía a diario a Paco cuando se le detectó una hemóptisis y estaba viviendo en una pensión. Ambos eran solteros y Paco estaba muy alicaído. En las cartas que testimonian su relación, y que recuperé de forma tardía, se observa la gran amistad literaria y afectiva que había entre ambos; mi padre era su persona de confianza y el que le hacía todos los trámites en Buenos Aires cuando Paco, más tarde, se estaba recuperando en Jesús María, Córdoba.

Transcribo el fragmento de una carta fechada el 16 de noviembre de 1933:

Sobre mi estado de salud hay mucho que hablar. Dentro de unos días (cuando este asunto se solucione y yo esté más tranquilo) te contaré minuciosamente cómo me siento, la vida que hago, etc. Continúo el régimen que me prescribieron en el Tránsito. Hago nueve horas diarias de reposo en reposera. No camino. Sólo he ido dos veces hasta la esquina (media cuadra). Ahora me sobrealimento con huevos, queso y fruta. Ya te contaré todo, una vez que pueda, porque ahora estoy muy nervioso. ¿Necesito decirte que te extraño? No te escribo, porque cuando te escribo me emociono. Y eso me hace mal. Me acuerdo de muchas cosas, me apeno, en fin, altero la paz en que tengo que estar mientras dure la enfermedad. No digo más porque vos me comprendés y me perdonás. Explicale esto mismo a todos los que se quejan de mi silencio. Para curarme necesito el ocio absoluto, necesito mantenerme en una especie de imbecilidad animal. Bien, querido. ¿Me hacés el favor de despertar a mi familia? Hoy mismo, si te es posible, comunicate con ella. Con Enrique. Que me escriba. Y vos mismo ¿me vas a contestar pronto esta carta? Sí. No te olvides.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Recuerdos a todos los muchachos. Aquí estuvo Pinto. Abrazalos a Pico, a Juan Antonio y a Mallea. A todos.

Ya sabés. Decile a Enrique que este mes el giro debe ser por \$ 160.

Contame cosas de tu vida y de la vida de Buenos Aires. Yo, después, te mandaré una carta larguísima.

Te abraza tu hermano

Paco

JN – Tu madre fallece de cáncer el 8 de junio de 1947. Entiendo que son recuerdos aún muy dolorosos, pero ¿qué sucede poco después?

MAM – Mamá murió de madrugada, según la partida de defunción, a la 1. Recuerdo que Elsa nos despertó, nos vistió y nos llevó a dormir al hogar de nuestra abuela Lorenza. Al salir medio dormida del dormitorio vi gente, pero no recuerdo haber visto a mi padre. A la mañana siguiente Malena y yo estábamos en la cama matrimonial de nuestros tíos Hortensia y Antonio. Elsa se sentó a nuestro lado y nos habló, nos dijo que mamá se había ido, que Dios se la había llevado. Entendí y lloré junto a Elsa. Malena nos miraba con sus hermosos ojos sin comprender. Pocos días antes había cumplido cinco años. Nuestra abuela y nuestros tíos rearmaron ese hogar de Paso 185, tercer piso, Departamento H, para acogernos.

Nuestro tío Tito (Alberto), el hermano menor de Papá, se fue a vivir con él y nosotras tuvimos nuestro dormitorio, con nuestros muebles en el que había sido el dormitorio que compartían nuestra abuela Lorenza y Elsa, su primera nieta. Elsa tenía previsto su casamiento para el 4 de octubre de ese año.

El primer domingo posterior a la ausencia de mamá nuestro papá vino a almorzar con nosotras y con toda la familia, tal como se hacía siempre. Recuerdo haberlo visto llorar muy amargamente. Mamá faltaba.

Nuestra vida cambió. Al finalizar el año escolar de 1947, me pasaron al Normal N°4 de la calle Rivadavia, iba a ir a tercer grado. Malena, nacida en mayo, pudo ingresar a su primer grado en una escuela que quedaba a dos cuadras de nuestro nuevo hogar, en la calle Sarmiento. Todo transcurría bien. Solíamos ir con papá a nuestro departamento los domingos, luego del almuerzo familiar.

Una aventura mía le dio mucho trabajo a mi tía: contraí escarlatina en el hospital de niños al que había ido con la escuela. La coincidencia quiso que en la canasta que nos tocó repartir estuvieran mis juguetes; había donado casi todos y me encantó poder dárselos a los niños que estaban allí internados, en cama. Vi una puerta cerrada, la abrí y entré. Era una amplia sala con cuatro camas, una en cada punta de la habitación; las criaturas tendrían mi edad y, feliz, les di todo lo mío que ubiqué. Cuando los mayores se dieron cuenta me sacaron corriendo: era el cuarto de infectados y así contraí la escarlatina.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

En esa época había que denunciar a los niños con escarlatina y los llevaban al hospital. Mi tía se negó, consultó a un médico, él le dio las instrucciones y ella decidió hacerse cargo de mí. Hubo que sacar a Malena del dormitorio. La puerta era vidriada, tenía cortinas, se sacaron y nos podíamos ver. Fue muy duro para mi tía: el 27 de octubre había nacido su nieto Jorge y ella no podía abrazarlo ni verlo siquiera.

Recuerdo que mi prima Elsa y su esposo pasaban por la vereda de enfrente con el bebé a determinada hora para que, por lo menos, pudiéramos verlo. Su mamá y nosotros, toda la familia, nos asomábamos a la ventana para mirarlos. Yo también lo hacía desde mi cuarto.

Veo a mi tía Hortensia entrando todas las mañanas, con un guardapolvo, a tomarme la temperatura, a darme mis medicinas (el dolor de garganta era muy fuerte), a cambiar todas las sábanas. Las envolvía bien y tenía que ponerlas a hervir para evitar que Malena se enfermara. Fueron 40 largos días, o más. La única que podía ingresar a la habitación era ella. ¡Hay que amar para hacer ese sacrificio por una sobrina! Vaya este recuerdo en homenaje a esa mujer, Hortensia, que, teniendo su vida plena, acepta en su hogar a dos pequeñas sin mamá y las cuida con amor. En realidad, el homenaje es a toda la familia Marechal, ya que cada uno ponía su grano de arena para hacernos la vida grata. Los años 1949 y 1950 transcurrieron en un clima doméstico muy bueno. Malena era muy ordenada, le gustaba jugar a las visitas y ambas hacíamos pequeñas obras de teatro en las que nuestros mayores eran el público. Hasta teníamos un cortinado que separaba el gran living del comedor y lo utilizábamos de telón.

JN – ¿Cuándo aparece Rosbaco de forma definitiva?

MAM – Recuerdo que una mujer lo llamaba por teléfono con insistencia, Papá me hacía atender y responder que él no estaba: había comenzado el asedio. No puedo aseverar cuando nos la presentó, pero por los acontecimientos estimo que sería pasada la mitad del año 1948, tal vez poco antes de que papá viajara a Europa por trabajo y yo me repusiera de la escarlatina. Nunca olvidaré que Elvia Rosbaco nos llevó al cine a ver la película *Bambi*. No puedo borrar de mi memoria la escena en la que Bambi busca y llama a su mamá durante el incendio. Esos gritos del cervatillo pidiendo por su mamá... Yo lloraba en silencio en mi butaca, Rosbaco me miraba, pero nada hizo para consolarme, ni extendió una mano para contenerme. ¿Por qué nos llevó justo a ver esa película? Imagino que Malena, siempre tan silenciosa, lo padeció hacia dentro. Nunca saqué el tema, me conmueve demasiado aun hoy.

Por tanto, la gran crisis aparece en la familia con el conflicto creado por la señora citada, cuando se instala en Rivadavia 2341, nuestro hogar infantil. Cada tanto ella

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

nos sacaba a pasear y nos pedía que le dijéramos a papá que la queríamos, que ella nos prometía que nos volvería a llevar a nuestro hogar a vivir con él. ¡Yo le creí y fuimos a parar a Saladillo! En el convento al que nos llevaron estábamos solas Malena y yo, ninguna otra niña, solo las religiosas. Nunca más, tras la muerte de mamá, volví a dormir en mi hogar.

JN – En alguna entrevista Elvia Rosbaco dice que ella lo conoció siendo casi una adolescente en la escuela, en una ocasión en que tu padre fue a dar una charla.

MAM – Todo eso es falso. Ella estaba intentando acercarse a José María Castiñeira de Dios. Castiñeira estaba por casarse y la Sra. Rosbaco lo asediaba. Fue él quien se la presentó a mi padre cuando ya había enviudado.

Tampoco tenían tal diferencia de edades, como declaró en diversas oportunidades. Cuando conoció a mi padre ella no era una adolescente ni nada parecido. Por los documentos que ubiqué, incluida una carta natal que se hizo a sí misma y vino con los papeles que recobré, nació el 24 de junio de 1912. Es decir, que sólo era doce años menor que mi padre. Es notable lo que dice en la copia de la escribanía del departamento que fue mi hogar infantil: Rosbaco, su dueña (mi padre lo puso a nombre de ella con el dinero del premio de teatro), puso el departamento, a su vez, a nombre de Gerardo Ricny⁴. Allí dice nació en 1921, pero en la partida de casamiento pone otra fecha. Toda la vida mintió sobre lo que no le venía bien.

Además era una mujer casada. Según el acta de matrimonio que ubiqué, por supuesto, muchos años después, estaba casada con Hugo Paoloni, fotógrafo en la Prefectura Naval Argentina. Es más, en Rosario, en la Facultad de Letras a donde la familia Rosbaco llevó nuestra biblioteca familiar sin consultarnos y sin derechos, hay un libro que el esposo le regaló para el aniversario de casados del año 1947; está dedicado por él («Para **mi** Elvia, en **nuestro** aniversario, **Hugo**»). Es la *Antología Poética* de Arrieta.

Tengo copia de la partida de casamiento, que aconteció el 6.12.1941, acta 1209, del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires. Una sobrina, a la que traté cuando supe que la biblioteca había sido trasladada a Rosario, me dijo que su tía mintió sobre su edad cuando se casó, que Hugo Paoloni era más joven que ella y que se casó por despecho.

Antes de 1950, fui una tarde con ella a su casa, no sé por qué. Conocí a su mamá, Emilia, a la que nunca más vi. Parecía una buena persona. Aquella vivienda

⁴ Gerardo Ricny fue la persona con la que convivió Elvia Rosbaco poco tiempo después de la muerte de Leopoldo Marechal y que presentaba como sobrino del poeta, otro dato falso.

tenía un *hall* ancho que daba a varias habitaciones. Me llevó a su dormitorio, su madre venía acompañándonos, y vi una cama grande, matrimonial. Entonces le pregunté: «¿Por qué tenés para vos sola esta cama tan grande?» El silencio que se hizo, lo recuerdo perfectamente, fue muy llamativo.

JN – ¿Qué puedes decirnos de la relación de Elvia Rosbaco con tu padre?

MAM – Para responder a tu pregunta quiero conozcas un texto que, no sé cómo, se salvó de ser tirado cuando se recuperaron algunos manuscritos de Leopoldo Marechal. Son dos páginas donde mi papá escribe sobre su sentir, en su hogar. Una de las hojas está fotografiada en uno de los dos volúmenes que coordinó Claudia Hammerschmidt (Marechal 2015: 43):

Hoy, despertar. Ella sabe que mis despertares son pesimistas y que necesito reacomodarme a la vida, como si acabase de nacer. Con todo, vuelve sobre mí su habitual torrente de palabras; yo no reacciono, y ella me acusa de tener un humor cambiante. Yo la acuso de no entender a los otros en tanto que «otros»: yo soy el «otro» y ella no me entiende. Ella no tiene «monólogo interior»: todo lo vuelca oralmente al exterior; y como necesita un «recipiente», yo soy el recipiente obligado; si me distraigo o me impaciento, soy un hombre de humor cambiante. Ahora bien, yo soy un hombre silencioso; pero mi silencio no significa «vacío interior»; por el contrario, como pensador y creador, mi espíritu está constantemente ocupado, lleno. Ella quizás interpreta mi silencio como «vacío», y hace caer sobre él su torrente verbal. Yo me resisto, a veces, como ante una invasión. Por otra parte, como ella es de un «individualismo» feroz que todo lo refiere a sí misma, su monólogo exterior versa sobre ella misma, sus familiares, su sensibilidad, su anecdotario infantil; y gira siempre alrededor de la misma historia. Su «yo» es voraz: todo lo que significa una rendición incondicional a su yo la complace, aunque solo sea de palabras (he notado que se fija más en las palabras rendidas que en los actos); todo lo que intenta contradecir su «yo» la irrita (sean personas o hechos), y la embarga en movimientos de furia irracionales a veces. Si por cualquier circunstancia una persona no la quiere o no repara en ella, se considera víctima de una injusticia tremenda, y reacciona violentamente. Teniendo ella una gran capacidad de amor, su «amor propio» es capaz de echar por tierra su amor verdadero (que puede llegar a lo sublime si ella se olvida de su «yo»).

Pero eso no es fácil. Para ella el amor implica la posesión total de su amado, su control integral. Ella lo devora, o intenta devorarlo, poseerlo

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

sin dejarle una sola escapatoria, un solo instante de libertad; invadiendo su fuero interno, controlando sus gestos y palabras. Cualquier distracción, cualquier intento de suave rebeldía es tomado por ella como una traición, como un desvío, como una ingratitud. Para ella el ser amado es una «propiedad» suya, y debe responder en toda circunstancia como tal, a los requerimientos de su «yo» terrible. Por lo cual vivir con ella se convierte al fin en una tortura, si el ser amado no se resigna perecer como individualidad separada. Siempre he creído que la reacción de G. obedeció a un intento desesperado de «defensa propia». Ella no se lo perdonó jamás; y, como de costumbre, respondió con la ofensiva, aunque significase su propia desdicha. Por herir a G. (que la amaba casi hasta lo metafísico, pero que buscaba en el amor la conjunción de dos seres y no la «anulación» del uno en favor del otro) ella se casó con H. sin amarlo; de la lección que tuvo ella de un abogado hindú, Adson u otro (y que ella me contó en seguida) se desprende que también yo fui una especie de represalia sobre G. (aunque me sería imposible dudar del amor de ella hacia mí, bien que sepa yo aún la naturaleza exacta de ese amor, en el cual han intervenido factores o altibajos).

JN – Recuerdo que, hace muchos años, tu madrina Elsa me contó, contigo delante, que Leopoldo habría decidido separarse...

MAM – Además del testimonio de Elsa⁵, está el de Brígida Frías, reconocida soprano y viuda del compositor Carlos López Buchardo. Coincidí con ella en el año 1973, durante un homenaje a Leopoldo Marechal que le tributó la Secretaría de Cultura de la Nación. Aunque nadie de la familia fue invitado en aquel acto que tuvo más de evento político que cultural, me alegré de encontrarme con Brígida. Los López Buchardo eran –aclaro– muy amigos de mis papás. Después del presunto homenaje, ella me invitó a su hogar a tomar el té. Quería hablar conmigo con cierta premura. Fui y toda la tarde conversamos sobre mi padre y las circunstancias que acontecieron a partir de 1950 en nuestras vidas. En especial, los sucesos de 1954 cuando mi papá decide separarse de Elvia Rosbaco y la visita [a Brígida] varias veces contándole la situación por la que estaba atravesando.

Brigidita, con infinita ternura, enfatizó un tema que la tenía muy preocupada: transmitirme los pesares de mi padre en relación a nosotras, sus pequeñas hijas. Ella me dijo: «No podía morirme tranquila sin que supieras que Leopoldo las quería, y que estuvo llorando y confiándome: “¡Qué le estoy haciendo a mis hijitas!”». Además, le reconoció las humillaciones públicas que soportaba

⁵ Ver Anexo 3.

por parte de Rosbaco. (Entre ellas, usarle sus poemas para publicarlos con su nombre, pasar la tarde en su despacho viendo quienes entraban y salían, etc.). Tras la confesión y la contención brindada por el vivificante espíritu de la dueña de casa, lo llevó a querer brindar con champagne por «la liberación de Marechal». Liberación que no se concretó y pasaron muchas situaciones todavía más dramáticas que no supo Brígida, ya que mi padre, sin duda avergonzado, no volvió a visitarla. Situación similar vivieron el matrimonio Fioravanti y mis tíos Marechal-Ardissono por esas mismas fechas.

JN – Hay algunas cuestiones biográficas que siguen sin cerrarme. En los últimos quince años de su vida, a partir de 1955, Marechal se define como «poeta depuesto». Ciertamente sufrió un gran silenciamiento oficial, si por ello entendemos el aislamiento de ciertos sectores muy influyentes, particularmente el grupo de Sur. Ahora bien, dado que el peronismo no fue hegemónico en el plano cultural, pienso si Marechal no tuvo ya importantes enemigos antes del primer gobierno peronista. En la Argentina el clima estaba muy caldeado en los años anteriores. Como descubrió el prof. Cheadle en los archivos de la SADE, hay otros episodios poco conocidos, como una conspiración en agosto de 1945, para intentar echarlo de la SADE junto a otros escritores como Cancela o Gálvez. ¿Qué puedes decirnos sobre la persecución a tu padre?

MAM – En general, todo ser tiene cerca personas que lo aprecian o no. Pueden haber existido diferencias de opinión, tal el caso que le hizo renunciar a la vicepresidencia de la SADE. Mi padre valoró el arte sobre el dinero. Las cartas intercambiadas que ya publiqué lo demuestran. Creo que el voto negativo de Banchs, en 1950, ante la Academia Argentina de Letras, pudo haber tenido su origen en la disidencia de 1938. Envidias hay siempre, más hacia un ser que crece por mérito propio y que obtiene tres premios muy importantes antes del peronismo. Él mismo dijo sentirse más cómodo con los pintores que con los plumíferos.

Los eventos de 1945 en contra de Arturo Cancela, mi padre, Gálvez y otros quedaron en la nada, pero eran dañinos en alto grado, como se ha podido ver gracias a la investigación gestada por Norman Cheadle. Guardo como un tesoro los documentos que descubrió en esos archivos y que gentilmente me regaló.

He rastreado mucho todo lo relacionado con la vida de mi padre: la afectiva, la familiar, la literaria, su pensamiento político. Fue socialista, tal y como él mismo dijo en alguna publicación. Fue vicepresidente del Comité Irigoyenista de Intelectuales Jóvenes, hacia 1927; formó parte del grupo de nacionalistas católicos, aunque no se definió como partidario, y adhirió al gobierno del general Perón buscando justicia social.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Marechal vivió muchas situaciones que hacen muy comprensible que adhiriera a un gobierno que reclamaba derechos para los más humildes. Su padre enfermó y su salud se agravó porque no quiso faltar al trabajo para no perder su jornal. Su tía y madrina, Martina Beloqui de Mujica, que vivía en Maipú, se quedó sin recursos, puesto que las leyes de esa época no les daban derechos a las mujeres casadas sin hijos. Martina se fue entonces a vivir a Buenos Aires con su hermana Lorenza, su cuñado y sus hermanos menores, y consiguió trabajo como cocinera en una empresa telefónica. Recordemos que el esposo de Martina, Francisco Mujica, falleció en enero de 1919, y Alberto Marechal, padre de Leopoldo, en julio del mismo año.

Lo negativo es que terceros, para su beneficio, politizaron a Marechal en forma excesiva tras su muerte. La persona más activa, con grandes ansias de figuración, fue su conviviente Elvia Rosbaco, que quería ser ministra de cultura de un gobierno peronista. Aunque algo logró: le decían viuda del poeta, fue asesora cultural de ATC, nuestro canal televisivo estatal, tras asumir Menem al poder y llevó como secretario a su joven conviviente Ricny.

Marechal reniega de la palabra militancia, como se puede ver la carta que le dirige al Director de *Primera Plana*⁶. Esas voces que se alzaron para declararlo «poeta depuesto», sin humor y con picardía, no lo ayudaron para nada; al contrario, le negaron la trascendencia literaria que ampliamente merece. Lo arrinconaron. Tampoco leyeron o interpretaron al Personaje de los Ojos Intelectuales de su novela *Adán Buenosayres*, ni lo que el propio Marechal escribe en «El poeta depuesto»: «Es el producto de tales meditaciones lo que voy a consignar en las páginas que siguen: lo hago con puros fines de servicio y **hurtando tiempo a mi verdadera vocación, que nunca fue la de la política**» (Marechal 2008: 151)⁷.

Durante algunos meses del año 1954, entre septiembre y octubre, mi padre venía a comer con frecuencia al hogar de mis tíos. Quería separarse de la Sra. Rosbaco. Estaba muy molesto con el gobierno, especialmente con Perón, y no hablaba nada bien de él. ¿Por las circunstancias del país? ¿Pensaba en su hija, que tenía 14 años como la adolescente Nelly Rivas que frecuentaba a Perón? No creo que fuera el trabajo, porque ya había sido degradado en 1948. Ciertamente, su tarea era, en general, tediosa, poco creativa y muy limitante para un hombre de pensamiento. Consistía, por ejemplo, en responder a las personas que reclamaban por el mal estado en el que se encontraba una escuela. Él tenía que estudiar todos esos trámites administrativos para firmar las respuestas. Pero no creo que fueran la causa principal de su descontento.

⁶ Ver Anexo 5.

⁷ Él énfasis es de MAM.

En una carta que le escribe a Rafael Squirru en 1963, Marechal señala la fecha en que escribió el poema «La Patria». En ese poema se observa su disconformidad con el sistema político del general Perón. Basta con leer el poema para descubrirlo, en especial conociendo la fecha en la que el mismo autor le cuenta a su amigo cuando lo había escrito, entre **1953 y 1954**. (Marechal, M. A. 2020: 189). Lo curioso es que lo que nació inicialmente como una humorada, cuando Marechal se proclamó «poeta depuesto», se transformará con el tiempo en un hito, avalado por él mismo.

JN –Marechal se definió siempre como peronista. Sus escritos políticos (pocos en comparación con los otros), reflexionan sobre el alcance de la revolución peronista y su aptitud para transformar la sociedad argentina. Esto no quita para que también ejerciera su sentido crítico y viera cosas que no le gustaban. Se habla a veces de Marechal como funcionario peronista o, incluso de intelectual orgánico del régimen, pero lo cierto es que no sé yo cuánta fue su cercanía a los centros de poder. ¿Es esto así? ¿Qué datos se pueden dar al respecto?

MAM – No hubo cercanía. Me pregunto si Perón le habrá enviado una esquila de pésame cuando murió mi mamá pero, como todo fue tirado por la Sra. Rosbaco, jamás lo sabré. Investigué el tema, es muy llamativo que no exista una foto con Perón ni su esposa Eva. Sé que no fueron al estreno de *Antígona Vélez*, por ejemplo. ¿Qué pasó en Mendoza en 1950 cuando la *Cantata Sanmartiniana*? El Presidente de la Nación estuvo con su señora ¿ninguna foto con el autor de la Cantata? Muy extraño, aunque unos meses antes mi padre estaba cuestionado por una broma en una carta que le había enviado su amigo Barceló⁸.

He ido al Archivo General de la Nación buscando imágenes, al Museo Evita, diarios, revistas, etc. que me hiciera pensar en alguna aproximación, nada. En definitiva, en el escalafón administrativo del Ministerio de Instrucción y Justicia, luego transformado en Ministerio de Educación era un empleado jerarquizado que sería un tercero o cuarto bajo el ministro de turno. En todo caso, era levemente superior en el escalafón cuando fue Director General de Cultura de la Nación. Esta información puede encontrarse en los catálogos y revistas de la dependencia

⁸ Según Castiñeira de Dios, el Director de Escuelas de Danzas, Antonio Barceló había escrito a su amigo Leopoldo una carta desde Uruguay, donde lo llamaba irónicamente ‘camarada’ y hablaba de echar abajo la «burguesía capitalista». El texto fue leído por un cabo del ejército, quien lo denunció por comunista. Toda la correspondencia era leída antes de llegar al destinatario. Castiñeira consiguió que no se despidiera a su maestro a condición de que mantuviera un perfil bajo (Marechal, M. A. 2018: 34-35). (Nota de JN).

oficial. La palabra «funcionario», que alguna vez utilizó mi padre en sus respuestas a entrevistas, tiene, desde hace años, una connotación negativa aunque no lo señale diccionario alguno. Los ministros de Justicia e Instrucción Pública Oscar Ivanissevich y Armando Méndez San Martín no lo apreciaban; por algo escribe mi padre los «Apólogos chinos» (Marechal L. 2008: 7-10 y 37-41).

En cambio, sus compañeros lo valoraban muchísimo: hasta iban al banco a cobrarle el sueldo. No era un hombre de acción, era un pensador.

JN – Durante el peronismo tu padre fue desjerarquizado. ¿Qué personas lo sustituyeron en sus cargos?

MAM – Sí, fue desjerarquizado en 1948 para poner al hermano de un General. No nos olvidemos que Perón era un militar. El designado fue Antonio Castro, que tampoco quería a mi padre. Es peculiar, lo rebajan del cargo y lo mandan en misión oficial a Europa con su jefe Jorge Arizaga, con quien tuvo muy buen trato y amistad. En 1950, su exalumno Castiñeira de Dios se transforma en su jefe.

JN – ¿Por qué creés que Marechal tuvo dificultades con la administración de su tiempo?

MAM – Mi padre no era un político ni tenía actitudes políticas⁹. Quería que Argentina se desarrollara en armonía y con justicia social. Tal vez no respondía a las obsecuencias que se suelen ver. Su mente estaba en otros temas, amaba escribir.

Por otra parte, en la última etapa laboral tenía o aceptaba que su conviviente estuviera en su despacho, todos los días, todo el tiempo. Él tenía entrevistas, etc. en presencia de ella, siempre. Aquí hay una falla de personalidad de mi padre o un *laissez faire*. Esto me lo han señalado muchas personas que iban a verlo al ministerio donde trabajaba.

JN – Después de 1955, él habla de que solo unos pocos «fieles de la amistad» se atrevieron a visitarlo. Y de que nadie de sus antiguos amigos quiso ir a verlo y que no recibió invitaciones a asistir a actos públicos, ni las editoriales quisieron saber nada de él... ¿es esto totalmente exacto?

MAM – Te respondo: No es cierto. Él decidió aislarse o tal vez se resignó para poder escribir medianamente tranquilo. Además, su compañera era un importante filtro: sólo ingresaban personas nuevas que no supieran nada de la

⁹ Ver Anexo 4.

vida anterior (me refiero a la vida familiar). Nosotras, sus hijas, no éramos recibidas ni atendidas siquiera por teléfono. Solo una vez al mes, el primer sábado, a las 15 hs., teníamos que ir a buscar el poco dinero que daba para los gastos que les generábamos a nuestros tíos y abuela materna. Tocábamos el timbre, abría la mirilla (más o menos de 15 por 25 cm) y sin dirigirnos una palabra, un saludo, un ¿cómo están? extendía la mano y nos daba un dinerillo que nosotras le dábamos a nuestros mayores. Yo salía descompuesta, doblada en dos por los dolores que me provocaba esa situación. Con Malena caminábamos por Bartolomé Mitre, tristes, en silencio. La acompañaba a tomar el colectivo y ella se iba a su domicilio, el hogar de nuestra abuela materna y yo al de mis tíos. En realidad, fuimos criadas, cuidadas siempre por nuestra familia, tanto la materna como la paterna. Con el permiso de nuestro padre, Malena fue retirada del colegio de monjas por nuestra abuela materna Enriqueta, al año de estar padeciendo en el Niño Jesús. Yo seguí pupila y poco antes de la muerte de mi abuela paterna, Lorenza, me permite mi padre volver a quedarme algunos días en lo de mis tíos, sus hermanos. Muchas idas y venidas, muy, muy dolorosas.

Recuerdo cuando mi tío Antonio Ardissono fallece el 3 de noviembre de 1957. Ilka Krupkin fue al velorio y supo que mi padre no había estado. Se trasladó a las pocas cuerdas donde vivía y le comunicó que su cuñado (al que llamaba hermano), Antonio, había muerto. Se ofreció a acompañarlo y reencontrarse con la familia que había dejado de ver, por su decisión, en 1954. Se negó. No fue.

Mucho por contar... Lo cierto es que ahora que tengo bastante correspondencia y que, además, he buscado las cartas entre los amigos y conocidos, no es así, no fue apartado por sus amigos ni lectores. Lo invitaban a dar conferencias, lo llamaban pero... He publicado algunas cartas en la Biocronología donde se ve que sí le escribían en aquella época (Marechal, M. A. 2020: 180, 184-187). La idea es publicar toda la correspondencia si encuentro un buen editor.

JN – Por lo que vas contando, es notable cómo en esta última etapa él va elaborando toda una autorrepresentación a partir de su itinerario biográfico. Algunas veces me has comentado los cambios de varios textos autobiográficos publicados después de su muerte como en sus «Memorias» o cierta versión posterior de «Los puntos fundamentales de mi vida» en donde Marechal señala cosas que no se encontraban antes, como, por ejemplo, la existencia de un abuelo paterno que fue revolucionario, en concreto comunero en el París de los setenta del siglo XIX...

MAM – Recuerdo que Malena, muy estoica, seguía yendo cada cierto tiempo a visitar a nuestro padre pese a que la habían echado del departamento de Rivadavia por estar enferma (a todo esto, ni llamaron al médico; sólo a mí para

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

que me la llevara). Había enfermado por las anfetaminas que la Sra. Rosbaco le daba, diciéndole que la iban a ayudar a estudiar y adelgazar, todo sin control médico y sin que mi hermana fuera gorda; era adolescente. Fue una brillante alumna de Química, becada por la universidad; todo lo logró sola, al igual que nuestro padre. Pues bien, un día Malena me comentó: «¿Sabés que se están inventando una biografía? Me lo dijeron cuando los vi». Y ahora me pregunto: ¿Conocía mi padre esta historia de su abuelo que yo pude rebatir con documentos? ¿Fantaseó él sobre su vida? ¿Cómo se gestó el mito? Mis tíos Marechal, Alberto y Hortensia, nada sabían del tema. Si Alberto Marechal padre, que conoció al abuelo de Leopoldo, se inventó una historia sobre él y la *Comunne*, ¿por qué no se la contó a sus tres hijos y sólo, presuntamente, a Leopoldo?

Esta pregunta, entonces, tiene distintas vertientes para ser respondidas. De un lado, él aceptó, tal como Malena me comentó, el juego de Rosbaco de inventarse una vida y de ahí vienen ciertos textos que dejó escritos; a ello se sumaron las respuestas que daba la Sra. Rosbaco a quienes la entrevistaban una vez fallecido mi padre. Tengo una carpeta que fui organizando con «testimonios» diferentes según quien le preguntara o el tema que se tratara. La Sra. Rosbaco respondía o daba material de Marechal recortado y hasta publicó textos de mi padre, por ejemplo, presentándose como autora. Hay un estudio en Alemania, la tesis de la Dra. Ulrike Kropfl, que ubica discrepancias varias.

En cuanto a las manipulaciones de «Los puntos fundamentales de mi vida», tengo que decir que los leí en el diario *Clarín* el 29 de marzo de 1973 y eran 12, muy del estilo de mi padre. Años después, hacia 1999, me sorprende con un texto ampliado a 18 puntos y publicado en un periódico *La Opinión* de 1975. Llamé al periodista Diego Baracchini, responsable de los artículos, para preguntarle a qué se debían los cambios ya que mi padre había fallecido en 1970. Le pedí copia del material y me respondió no recordar si lo tenía porque él vivía entre Buenos Aires y París y probablemente no lo tuviera... Fue una revelación para mí recibir pasado el año 2010 o más tarde, creo, de la mano de Ángel Núñez, el material que guardaba Nannina Rivarola y que sus descendientes me enviaron al fallecer ella. Como pude comprobar entonces, aquellos doce puntos publicados en 1973, fueron escritos mucho antes para ser leídos en LR11 Radio Universidad La Plata, en 1964, sólo hay alguna muy leve variante. La tipografía de la máquina es la misma de otros papeles que recuperé en el 2008 y están las anotaciones de Nannina. Un excelente documento que debo a Ángel Núñez quien me lo dio en mano, en nombre de los descendientes de Nannina. Les estoy muy agradecida.

Al estudiar los papeles de Leopoldo Marechal, hay **muchos** otros casos curiosos. Recordarás el del primer «Poeta depuesto» que apareció publicado y mezclado con otro artículo. El resultado era bastante caótico como sabrás, porque lo estudiamos juntos. Luego encontré el tipeado por Marechal, numerado, y

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

observé que los números faltantes habían sido utilizados o suprimidos al dárselos a determinados periodistas o escritores conocidos de la citada Sra. Rosbaco.

Otro tema es haber querido involucrarlo con la proclama del General Valle. Es un tema que tengo muy bien documentado: en su momento señalé fue un infundio escribir a repetición que la proclama había sido un texto de Leopoldo Marechal (Marechal, M. A. 2020: 180-181). En resumen, todo es muy extraño: las memorias póstumas, los textos recortados, el haber dicho en el sucesorio que no existían manuscritos, etc. (tengo fotocopia del expediente judicial). Por todo esto comencé a expresarme por escrito basándome en documentos, que es el único modo de ir dejando constancia de la realidad.

JN – Entiendo por lo que acabas de decir que lo del abuelo comunero es una invención. Pero, ¿cómo lo demuestras? ¿cuáles son exactamente los ancestros de ustedes?

MAM – Las precisiones básicas de mis dos bisabuelos y sus esposas son: en la rama materna estaban Juan Bautista Beloqui o Belloque y su esposa Ángela Mendiluce, o Mendeluce o Mendiluz según los documentos argentinos. No sabían leer ni escribir, pero otras virtudes los adornaron, en especial a ella, Ángela, que crió sola a tres de sus nietas huérfanas de mamá, ya que Juan Bautista falleció en 1912. Él era oriundo de Hernialde, Guipúzcoa, y Marechal lo recuerda en su poema «Abuelo Cántabro»; ella es la abuela «Úrsula» que trae consigo la imagen del Cristo de Lezo, retratada en el *Adán Buenosayres*. Tuvieron 6 hijos: Martina, Lorenza, José y Gregorio (sus tíos socialistas), Josefa que muere muy joven tuberculosa y el más pequeño, Jacinto, sólo vivió 7 días. Nació en Maipú, porque sus partidas de nacimiento, bautismo y defunción están registradas en la Catedral de Dolores, provincia de Buenos Aires. A Jacinto lo ubiqué en el 2019. No sé si mi abuela Lorenza lo sabía o no lo contaba porque yo era una niña. Conocí y recuerdo a Gregorio (Goyo) y a Martina.

En cuanto a la rama paterna: Leopoldo Maréchal, francés, y su esposa Mariana Garans, de la que se desconoce si fue uruguaya, francesa o argentina. Ambos sabían leer y escribir. Su casamiento tuvo lugar en Carmelo, Uruguay, el 8 de mayo de 1867, dato que consta en el archivo del Obispado de Mercedes, Uruguay, libro 2 de Matrimonios, folio 64 de la Parroquia de Carmelo.

Tienen una prole numerosa, fallecen sus primeros hijos: María Leopoldina (30.5.1868-+26.2.1869), Leopoldo (9.5.1871-+5.11.1871), Ana Ernestina (26.9.1872-+26.3.1873), Alberto (25.10.1873-1919), padre del poeta que nos ocupa; siguen Aquiles, Berta María, Armando, Héctor, Arturo.

Tengo copia del documento firmado por el obispo de la Iglesia en la que están los archivos. Leopoldo tenía veintisiete años y su esposa quince. Mal pudo

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

haber estado el parisino Leopoldo en *La Comunne*, cuyos hechos suceden en 1871, cuando él y su esposa estaban teniendo un bebé tras otro. Tristemente, todos fallecían con pocos meses de vida. ¿De allí la estrofa: «el último yo soy y el que despunta», de *Introducción a la Oda*, 1929? Tal vez sólo supo que se llamaba igual que su abuelo francés.

JN – El 26 de junio fallece Leopoldo Marechal ¿Cómo te enteras?

MAM – Cerca de las 13 horas Castiñeira de Dios me llamó por teléfono a mi oficina para decirme que mi padre se había descompuesto. Inmediatamente, junto a un compañero de la Compañía de Seguros Alba, Jorge Sanjurjo, me dirigí a mi hogar infantil y me encontré con varias personas desconocidas que me comunicaron el fallecimiento de mi progenitor. Pedí verlo y me llevaron al que fuera nuestro dormitorio. Estaba su cuerpo yacente sólo, tendido sobre una cama, nadie lo acompañaba, ¡qué gran tristeza, cuanta soledad! En el escritorio de nuestro hogar había un revoloteo de seres que rodeaban a una mujer llorosa, con largas pestañas postizas, sentada en el escritorio de mi papá. Por supuesto, me quedé al lado de mi padre pidiendo en mi interior Dios lo recibiera en sus brazos. Cuando llegó el servicio fúnebre salí con él al lugar donde sería velado, viajé en la ambulancia junto a su cadáver. Antes le había comunicado a mi hermana menor la triste noticia y también a mis tíos, hermanos de mi padre, ya que nadie les había avisado. La Sra. Rosbaco no quería que ningún Marechal supiera de su muerte. Hubiera sido aún más traumático si nos hubiéramos enterado por radio o por televisión ya que la noticia, me dijeron, se transmitió muchas veces. Debo agradecerle a Castiñeira de Dios su decisión de avisarme. Fue un misterio donde obtuvo la información de mi trabajo y el teléfono. Tal vez fue una carta que le había enviado a mi padre dos años antes invitándolo junto a su conviviente, y alguien la guardó. ¿La leyó él? No lo sé. Nunca tuve respuesta.

Elvia Rosbaco, por cierto, también mintió sobre el fallecimiento de mi papá. En un libro dice que estaban bailando, en otro que murió de un síncope... esto último es cierto, pero omite declarar que se descompuso de madrugada y no llamó a ninguna emergencia. Ya entonces los cardiólogos a domicilio llevaban el electrocardiógrafo y, tal vez, pudo haberse salvado si hubiera sido atendido a tiempo.

JN – En su famoso diario de Emilio Renzi, Ricardo Piglia anota pocos días después de la muerte de LM, que David Viñas le dijo que nadie había estado en el entierro. Algo semejante repitieron otros escritores como Castillo, Battista o Goloboff. Pero (¡ay, las hemerotecas!) tengo delante de mí un recorte de *Clarín* del 27 de junio de

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

1970 en la que se informa del entierro del escritor en La Chacarita a la que asistió numeroso público, según se aprecia en la fotografía. ¿Puedes darme más detalles?

MAM – Es muy desagradable ese comentario. Este año 2020 uno de los escritores que citaste hasta le inventó un nuevo cementerio. Por eso, insisto, los documentos son muy importantes, y mi testimonio ayuda. Mi padre fue velado en la sede de la SADE ubicada en ese entonces en México 524 (hoy es un restaurante). Había muchas personas en el velorio, ya he comentado y escrito que estuvo el expresidente Frondizi entre muchos escritores, amigos de la familia Marechal, compañeros de trabajo de Malena y míos. Hoy me arrepiento no haber permitido a un noticiero filmar porque si a cincuenta años de su fallecimiento siguen con esos temas hubiera sido un testimonio visual. Me pareció una falta de respeto hacia mi padre dejar lo filmaran muerto pero hubieran quedado registrados muchos y este tema ya no existiría. Al entierro, a despedirlo, incluso a la misa de cuerpo presente que se hizo en la Iglesia de Santo Domingo antes de llevarlo al cementerio de la Chacarita, panteón de actores, donde permaneció por más de diez años debido a un acuerdo entre la SADE y la Asociación de Actores, fueron muchas personas. Esa triste mañana recuerdo estuvimos juntos mi tío Tito, el hermano menor de mi padre y mi padrino de bautismo, junto a Ludmilla y Pepe Fioravanti.

También hay un mito sobre si Borges fue o no fue al velorio. Yo puedo dar testimonio de lo que escuché y vi. Borges pasaba cuando estaban preparando la sala para el velorio y a mí me dejaron fuera, en la puerta. Él pasó y preguntó quién había fallecido. No me identifiqué, no era el momento y respondí: «Leopoldo Marechal». Dijo algo hermoso relacionado con un pájaro pero no pude retenerlo. Mis emociones no me lo permitieron. Eso habrá sucedido cerca de las 16 o 16,30 horas, en la puerta de México 524. Algunos han dicho que estuvo de madrugada. Muy raro, yo estuve hasta pasada la una de la mañana en que fui a mi hogar a ducharme, cambiarme de ropa, tomar algún alimento y regresar cerca de las 6 hs. De los 2 o 3 con los que hablé, nadie comentó que Borges había estado tan de madrugada.

Obras citadas

Andrés, A., *Palabras con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1968.

Marechal, L., *Cuaderno de navegación*, Buenos Aires, Seix Barral, 2008.

Marechal, M. de los Á., «El recupero del material de Leopoldo Marechal», en Claudia Hammerschmidt (edit.), *Leopoldo Marechal y la fundación de la literatura argentina moderna*, London / Potsdam, INOLAS, 2015, pp. 27-49.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Marechal, M. de los Á., «Las huellas del escritor», en Claudia Hammerschmidt (editora), *El retorno de Leopoldo Marechal*, Jena, London / Potsdam, INOLAS, 2015, pp. 33-60

Marechal, M. de los Á., «Biocronología», en Leopoldo Marechal, *Descenso y ascenso del alma por la belleza*, Buenos Aires, Vórtice, 2020, pp. 151-196.

Olejaveska, R., *Entre recuerdos y esperanzas. Casi memorias*, Buenos Aires, El Cíncel, 1987, pp. 129-130.

Mutilva (Navarra) - Buenos Aires, noviembre 2020

APÉNDICE DOCUMENTAL

ANEXO 1

Testimonio de Susana Aguirre sobre María Zoraida Barreiro de Marechal, profesora (abril 2013)

«Señora de Marechal», así la llamábamos sus alumnas de 2do.año Magisterio, en la Escuela Normal nº 4 «Estanislao S. Zeballos» (1945).

Era una mujer encantadora, bonita, elegante, delicada. Sus clases resultaban un placer, como escucharla, verla moverse con discreción. En mi recuerdo sobresale el hecho de habernos acercado a la literatura, materia que recién nos esperaba en los dos últimos años. Además de su profesorado en letras, era esposa de un poeta, un escritor que ya despuntaba fuerte en el ámbito literario, al lado de otros nombres: Jorge Luis Borges, Francisco Luis Bernárdez. De ellos nos hablaba, de su obra poética, escritos, libros. Nos indujo a preparar «clases especiales» sobre autores y trabajos. Fue así que me correspondió la figura de Borges. Me preguntó si conocía la Biblioteca Municipal «Miguel Cané», en la calle Carlos Calvo y, al responderle que concurría con frecuencia por quedar muy cerca de mi domicilio, me propuso entrevistar al escritor, que allí se desempeñaba como bibliotecario, diciéndole que era alumna de uno de sus cursos. Una tarde me acerqué a ese hombre serio, que cubría su ropa con un largo guardapolvo gris oscuro y usaba lentes. Fue parco en su hablar; sólo me repitió los datos que figuraban en cualquier contratapa de sus libros; al pedirle una anécdota, me contestó: «No tengo anécdotas». Me extrañó, mas con el tiempo supe que esa respuesta formaba parte de su personalidad, sucinta e irónica. Yo tenía en ese entonces 14 años y no supe tampoco que, en mi vida periodística, sería mi primera

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

experiencia como «entrevistadora». Inolvidable, tanto como la «señora de Marechal».

La recuerdo con toda claridad y ha quedado grabada en mi alma esa última vez que la vi, joven, hermosa, muy enferma; la visité en su casa del barrio de Once, con otras tres compañeras de curso, entre ellas Marta Bouché, hija del periodista León Bouché, Director de la revista *El Hogar*, sumamente conocida en esa época. Era una casa antigua, de altos y una entrada con un gran macetón en una de sus esquinas. Al punto de salir nosotras, llegaba Marechal y ella nos presentó. Para nada pensamos que partiría pronto, un 8 de junio de 1947. Nuestro recuerdo hacia ella es imborrable, pleno de cariño y agradecimiento, dejándonos el sabor espiritual de haber disfrutado el conocer a alguien valioso, un ser humano de inmejorable calidad.

Gracias, María de los Ángeles, por permitirme escribir este sentimiento, para usted, para mis compañeras y todos aquellos que tuvieron el goce de haberla conocido.

ANEXO 2

Testimonio de Roberto Olejaveska sobre Leopoldo Marechal, maestro (1987)

Fue mi maestro en quinto grado en la Escuela «Juan Bautista Peña», de Trelles casi esquina Franklin. Entonces era un jovencito con una cabellera desproporcionada por lo alta y suelta, como también era desproporcionada, según nos parecía a sus alumnos, su cabeza, motivo que nos llevó a apodarlo «cabecita de alfiler».

Viene a mi memoria que tenía tan mala letra que escribía empleando caracteres de imprenta para hacerla más legible. También me ha quedado grabado que acostumbraba a narrarnos un cuento, para que nosotros lo escribiéramos memorizándolo con el agregado de una ilustración. Casi siempre la composición escrita era rematada con una moraleja.

Transcurrieron casi dos décadas y volví a encontrarme con mi viejo maestro en el Instituto de Literatura Argentina, donde preparaba una selección folklórica para estudio en las escuelas primarias del Consejo Nacional de Educación. Reanudamos el diálogo, ahora centrado en temas fundamentales del país. En esa época se domiciliaba en Rivadavia al 2300, en una vivienda de antigua edificación. Su hogar lo constituían su esposa y dos hijitas.

De vez en cuando nos veíamos en forma casual; y siempre me recibía con un saludo que aún me llega al alma: «Hola, mi discípulo bien amado».

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Esta evocación de quien fuera mi maestro la hago con la emoción de quien admiró al hombre por sus virtudes personales. Sería injusto no reconocerle que, además de docente eximio, fue poeta de fuste, periodista vibrante y novelista de fama internacional.

ANEXO 3

Semblanza de Elsa Ardissono Marechal¹⁰

Escribo estos recuerdos a pedido de mi prima y ahijada María de los Ángeles. No van a tener un orden cronológico sino que van a surgir con el lúcido desorden del pensamiento y con el poco arte de la persona que no escribe habitualmente, a pesar de ser una apasionada lectora.

Cuando trato de evocar la casa de Monte Egmont 280 (no 303 como se dijo), donde vivíamos mi abuela Lorenza Marechal, sus dos hijos varones Leopoldo y Alberto, mis padres Antonio Ardissono y Hortensia Marechal y yo, siempre prevalece el recuerdo de la abuela, escoba en mano, peleando con los chiquilines de la calle que gritaban en la vereda y molestaban a Leopoldo, que escribía en su cuarto (1). Muchos años después, ya casado y nacidas sus hijas María de los Ángeles y María Magdalena, mi abuela se asombraba al ver que ellas invadían su estudio corriendo y gritando y Leopoldo, después de una caricia o un mimo, seguía trabajando sin molestia ni enojo.

Recuerdo también particularmente cuando mi tío Poldo (así lo llamábamos) llegaba por la tarde de dar clases y mi abuela lo esperaba con el infaltable mate acompañado de pan y salamines; este ritual diario se alteraba únicamente los días nublados y lluviosos, cuando mi abuela hacía lo que llamábamos familiarmente «miñuelos» de dulce de membrillo. Si por casualidad uno de esos días los «miñuelos» no aparecían Leopoldo se enfurruñaba y se iba a su cuarto sin tomar nada y muy enojado, durante aproximadamente cinco minutos. Pasado ese tiempo, el habitual de todas sus grandes rabietas, volvía a la cocina y rondaba insistentemente a su madre hasta sentirse perdonado.

Las relaciones entre nuestro amplio núcleo familiar eran excelentes, convivíamos en la única forma posible: respetando cada uno los derechos, las

¹⁰ Elsa Ardissono Marechal vivía en H. Yrigoyen 2359, planta baja, al fondo; en H. Yrigoyen 2441 estaba el convento donde nos pusieron pupilas y no le permitían visitarnos, es decir a menos de una cuadra de distancia, tal como escribe mi prima y madrina. (Nota de MAM).

necesidades y el temperamento de los demás. Sin embargo, esta paz se alteraba en algunas ocasiones, casi siempre durante los almuerzos dominicales, a los que concurría toda la familia, cuando surgía al azar el tema político. Leopoldo, desde que yo recuerdo, siempre fue un nacionalista apasionado y mi padre un socialista más que convencido. Cuando se trenzaban a discutir, a pesar de que coincidían en el fondo en su amor por la gente, discrepaban en las formas de gobierno y cada uno sostenía sin claudicar su punto de vista hasta llegar a veces a verdaderos conflictos, que por otra parte se resolvían siempre, aunque cada uno insistiría en lo suyo la próxima vez.

[...] Recuerdo la circunstancia que lo hizo variar y que lo transformó, como decía él, igual que a San Pablo, con un golpe, en un católico ferviente y practicante. Ese «golpe» fue un problema de salud, un cólico hepatorenal muy agudo, que lo conmocionó física y anímicamente. A partir de él no sólo se hizo creyente sino que frecuentó los Cursos de Cultura Católica y trabó relación con representantes de la Iglesia, sobre todo con los padres benedictinos, a los que admiraba mucho.

Cuando Leopoldo se casó con Zoraida esta se insertó naturalmente en la familia y pasó a formar parte de ella sin ningún trauma. Siguieron, como siempre, los almuerzos dominicales, las reuniones de Navidad, Año Nuevo y los festejos de cumpleaños.

En el primer departamento que ocuparon Leopoldo y Zoraida, en la calle Méjico cerca de Boedo, se reunían frecuentemente amigos de los dos. Estas reuniones más o menos pequeñas se ampliaban todos los 8 de enero, aniversario del casamiento y fecha natal de Zoraida. Recuerdo muy especialmente el primer aniversario de casados; ese día fui a la fiesta con mi padre (Antonio F. Ardissono) y mi tío Alberto (Marechal) porque mamá (*Hortensia Marechal de Ardissono) estaba convaleciente de una seria congestión pulmonar y mi abuela (Lorenza Beloqui de Marechal) se quedó en casa a acompañarla. Fueron al festejo muchos parientes: Porota (María Ester) y Quita (Ángela) Beloqui, Celina y Ana Repetto, y muchos amigos, entre ellos Ricardo Molinari y su mujer, amigas de Zoraida, Zulema Peluffo, Aida Lombardo y los pintores Víctor Pissarro y Alberto Morera. Como hacía mucho calor subimos todos a la terraza del edificio y allí comenzó el baile; Zoraida y su madre bailaron una animada jota que acompañó entusiastamente Morera, alto y flaco como el famoso Valentín de Toulouse Lautrec.

Como el departamento de Méjico les resultaba chico, míos tíos decidieron mudarse y alquilaron uno más amplio, con un gran estudio para Leopoldo, en la calle Rivadavia 2341, sexto piso.

No sé si por espíritu de clan o porque la casa de Tres Arroyos quedaba bastante alejada de las ocupaciones de mi padre y de Alberto y de mi colegio, la familia decidió vender la casa de mi abuela y mudarse cerca de Leopoldo. Así fue

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

que se alquiló el semipiso de Paso 185, a escasas cinco cuadras del departamento de Rivadavia, donde fuimos a vivir abuela, Alberto, mis padres y yo.

Al año siguiente de mudarnos a la calle Paso nació María de los Ángeles. A Zoraida le gustaban las madrinas jóvenes y siempre me decía que cuando tuviera un hijo yo sería la madrina, pero resulté una madrina medio complicada, porque a la semana de nacer mi ahijada se me desató una virulenta varicela y el bautismo tuvo que posponerse.

Ya repuesta y en condiciones, con una terrible emoción, pude llevar a la Iglesia a ese manojito delicioso que era María de los Ángeles.

Fue un día de fines de octubre, muy caluroso e inestable, que amaneció con períodos de sol seguidos por un cielo nuboso anunciador de lluvia. El departamento de Rivadavia recibió ese día infinidad de parientes y amigos que festejaron a la nueva integrante de la familia y se conversó y alternó hasta muy tarde, cuando por fin se desató la anunciada tormenta. Allí surgió la superstición criolla de que, cuando llueve en un bautismo, uno de los padrinos sufre un accidente y seguramente para tranquilizarnos a mi tío Alberto y a mí, Ludmilla, la mujer del escultor Pepe Fioravanti, aseguró que en su Rusia natal, por el contrario, la lluvia era indicio de prosperidad y buena suerte.

Pepe y Ludmilla eran realmente amigos de mis tíos y compartían con ellos paseos y salidas. Los cuatro se hicieron socios del Club Náutico y solían salir a remar por el delta. Durante una de esas salidas fue que Leopoldo, no recuerdo por qué circunstancias, salió a remar solo. Cuando estaba en medio del río se desató una gran tormenta que le hizo perder los remos y quedar a la deriva hasta que lo rescató un providencial yate. Ese fue uno de sus encontronazos con el agua, a la que tenía mucho miedo; el otro fue durante el verano en que alquilaron una casa en Mar del Plata, también con Ludmilla y Pepe Fioravanti. Mientras las mujeres tomaban sol y descansaban, sobre todo Zoraida que estaba embarazada en espera de María Magdalena, los dos hombres acostumbraban a ir un par de veces por semana a pasear en la escollera. En una de esas mañanas luminosas y húmedas, típicas de Mar del Plata, al tirar el anzuelo, Leopoldo resbaló en las rocas y tuvieron que «pescarlo» prácticamente, después de haber tragado una buena cantidad de agua salada.

Antes del nacimiento de Magdalena, un poco influenciados por Ignacio y Fifa (Josefina) Anzoátegui, mis tíos decidieron, con el dinero obtenido por el premio nacional, comprar una casa en Adrogué, donde vivían esos amigos.

Después de buscar bastante encontraron una casa hermosísima, con un gran parque. La casa estaba ubicada en el centro del terreno, sobre la medianera tenía una planta baja donde se encontraba la cocina, el comedor y una hermosa galería vidriada que rodeaba prácticamente el edificio. Y una planta superior

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

donde estaban los dormitorios y el estudio de Leopoldo, una maravilla de habitación, con techo en declive y una salida directa al parque.

Allí se hicieron entonces los almuerzos del domingo y allí se festejó el bautismo de María Magdalena.

Pero la vida pueblerina no agradó demasiado a mis tíos, los viajes diarios a la capital, obligados por sus ocupaciones, incomodaban a Leopoldo y Zoraida, sobre todo porque los hacían con las dos nenas ya que Zoraida no quería dejarlas con el personal de servicio. Así antes del año, alquilaron su casa y volvieron a la capital, donde consiguieron ocupar en alquiler un departamento en el mismo edificio de Rivadavia 2341 que habían dejado, pero esta vez en el piso 7, dpto. 30, departamento en que vivió Leopoldo hasta su muerte.

Allí se festejó el primer año de María Magdalena con una gran reunión de chicos temprano y de grandes por la noche. Mis tíos se reencontraron con su ritmo normal que, de alguna manera extraña, estuvo siempre ligado a esa vivienda.

La vida siguió su curso. Las chicas crecían desarrollando cada una su propia personalidad. María de los Ángeles extrovertida y bulliciosa y María Magdalena, una verdadera muñequita, muy traviesa pero también muy amante de su casa y la que, aún de muy chiquita, le gustaba arreglar y asear. Zoraida las llamaba Marta y María, en clara referencia bíblica. Por esto, a los cuatro o cinco años María de los Ángeles empezó a ir al jardín de infantes del Colegio de las Adoratrices.

Y, haciendo honor a su temperamento, enseguida empezó a hacer amigas y a bautizar negritos, a los que invariablemente llamaba Leopoldo o Antonio.

Pero esta serenidad se rompió definitivamente con la trágica enfermedad de Zoraida, que soportó una cruenta operación y un año y meses de sobrevida cargados, en la última etapa, de terribles dolores físicos y espirituales hasta desencadenar en su muerte. Durante ese tiempo la casa estuvo a la deriva, a veces en manos extrañas y no siempre bienaventuradas, y aunque nuestra prima Inés Barone trató de llevar todo de la mejor manera posible, en su transcurso se perdieron muchas cosas, entre ellas la casa de Adrogué.

Fallecida Zoraida, mamá y la abuela decidieron, contra mi opinión, que lo mejor para las chicas y Leopoldo, sería traerlas a vivir a la calle Paso. Para ello se les arregló un dormitorio y mi tío Alberto se mudó a la calle Rivadavia.

Esto sucedía en el año 1947. Leopoldo venía continuamente a ver a sus hijas, las llevaba de paseo y trataba de mantenerse en continuo contacto con ellas.

A mediados de 1948 apareció en la vida de mi tío una señora llamada Elvia Rosbaco, separada de su marido, que empezó a gravitar en ella muy aceleradamente. La familia, en general, se manifestó dubitativa ante esta relación, porque esta señora, desde el principio, incurrió en mentiras y engaños que enturbiaron su imagen. Por ejemplo, un detalle, a mi tío Alberto le contó que en

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

su luna de miel con Paoloni, su esposo, había viajado a Córdoba en un micro de la Chevallier y a mí me contó que lo había hecho en un tren con camarote.

Pero la influencia que ejercía sobre Leopoldo aumentaba y empezó a salir con las nenas a pasear y a compartir con ellas algunos momentos. Las chicas, sobre todo María de los Ángeles, siempre más expresiva, se volcaron a ella y empezaron a tomarle cariño.

Pero esta señora evidentemente no se proponía integrarse a la familia sino disgregarla y empezó una campaña devastadora que, por desgracia, no sé muy bien de qué se trató puesto que el principal blanco, mi tío Alberto, nunca quiso explayarse en explicarlo.

Todo ello culminó en la forzada ida de Alberto de Rivadavia y su vuelta a la calle Paso, sin aclaraciones, que debieron ser hechas pero no lo fueron y con un distanciamiento entre los hermanos que nunca había existido y que no dejó de existir nunca.

Ante este hecho mi madre llamó a Leopoldo y lo conminó a que, ya que esta Sra. se había instalado en su casa en forma permanente, se llevara a las nenas que lo extrañaban mucho y las integrara al hogar como correspondía. La respuesta fue una nota árida rompiendo relaciones con la familia y el envío de las niñas durante todo el verano a un convento de monjas en Saladillo.

A partir de ahí se rompió todo contacto con ellos y se nos prohibió ver a las chicas (2). Cuando estas volvieron a la capital para el curso escolar y fueron puestas pupilas en el Colegio de H. Yrigoyen y Matheu, a media cuadra de mi casa, fui con mi abuela para tratar de estar con ellas; pero la directora, la hermana Anita, nos dijo que el padre no lo permitía y tuve que volver a mi departamento, con la abuela llorando desesperada.

No obstante, cuando abuela enfermó y supimos que su mal no tenía remedio, yo asumí una responsabilidad de la que no me arrepiento. Fui a ver a Leopoldo y le expliqué lo que pasaba. Me recibió muy bien y me dijo que irían a visitar a la enferma. Yo volví a Paso y le dije a abuela que Leopoldo se había enterado de que no estaba bien y quería verla. Pero ella me miró profundamente (nunca puedo recordar esto sin llorar) y me dijo: «Vos lo fuiste a buscar».

Por esos tiempos, no recuerdo con precisión la fecha, mi tío tuvo que dar una serie de conferencias en el interior y le prometió a María de los Ángeles llevarla con ellos, evidentemente sin consultarlo con Elvia; como resultado, esta inventó toda una patraña en la que incluyó una presunta grave enfermedad que la obligaba a una internación en un Centro Médico del Interior, desde donde incluso mandó cartas. Todo esto suponía que Leopoldo debía viajar solo, y no podría atender a una niña y cumplir con sus obligaciones. Por supuesto, más tarde, por boca del mismo Leopoldo, supimos que esa Sra. lo había acompañado constantemente.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Cuando falleció abuela, en marzo de 1953, mi tío estaba también fuera de Bs. As. Y el último pensamiento de su madre fue para él, que se encontraba lejos. A partir de este momento no recuerdo con exactitud cómo se llevaban las relaciones entre el grupo familiar y mi tío, porque fue una época donde mi salud se quebrantó mucho y me tuvo a mal traer [3]. Pero aproximadamente en agosto/setiembre de 1954 sucedió algo que dio por tierra mi ilusoria teoría de que, aunque enemiga de las niñas tal vez por celos, tal vez por excesivo espíritu de posesión, esta Sra. era una buena compañera para Leopoldo. Un día éste se presentó en casa de mi madre, visiblemente alterado, diciendo que había roto relaciones con Elvia, aunque ésta continuaba viviendo provisoriamente en Rivadavia. A partir de allí, cenaba casi todas las noches con sus hermanos y en cada cena iba desgranando todos los padecimientos y humillaciones que había sufrido gracias a esa Sra., que lo había puesto, según él, en ridículo reiteradamente delante de terceros.

Esto que contaba en casa también lo hizo en casa de sus amigos Pepe Fioravanti y Ludmilla y Brígida López Buchardo, con los cuales reanudó en ese momento relaciones entrañales que había interrumpido desde su convivencia con Elbia.

Por supuesto, ante la propia confesión de Leopoldo, en homenaje a una verdadera amistad, Ludmilla y Pepe le expresaron la opinión adversa que siempre les mereció esa Sra. pero que habían ocultado por respeto a él; por otro lado, en casa de Brígida López Buchardo, según relató ella misma, se brindó con champaña francés por la liberación de Marechal.

Esta situación duró exactamente hasta el 9 de noviembre de 1954, fecha de cumpleaños de mi padre. Ese día mamá había hecho sus famosos raviolos caseros y Leopoldo iría a cenar, pero pasó la hora de la comida y mi tío ni apareció ni llamó por teléfono: como tampoco lo hizo en la mañana siguiente. Mi madre estaba alteradísima y yo, un poco más conocedora de caracteres o, tal vez, un poco menos inocente, le dije que seguramente se habría reconciliado con Elvia; mamá, pobre, se indignó y me contestó con violencia que había que estar loca para pensar algo así, después de todo lo que él mismo había confesado.

Desgraciadamente y muy rápido el tiempo me dio la razón: esa tarde mamá llamó a Leopoldo a su oficina y este le confirmó, sin explicaciones claras, que volvía a convivir con Elbia. (4).

A partir de ese momento María de los Ángeles sabe mejor que yo las humillaciones que tuvo que sufrir cuando le alcanzaban esos miserables pesos a través de la mirilla de la puerta o cuando venía a casa llorando desesperada por situaciones que nunca quiso contar y que aún al día de hoy no recuerda porque, pienso, no puede soportarlas.

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

A Leopoldo, acompañado siempre por esa Sra., lo cruzamos varias veces por la calle (vivíamos en el mismo barrio, a una cuadra de distancia). Pero nunca dio señal de reconocernos, señal que angustiaba profundamente a mamá. Una sola vez mi marido se encontró de súbito con él, en momentos en que los dos iban a colocar una carta en el buzón de Azcuénaga y Rivadavia. Leopoldo, que en esa ocasión estaba solo, lo saludó muy efusivamente y se interesó por mí y por mi hijo Jorge.

He tratado de, en este relato, ser absolutamente objetiva, casi diría periodística, porque creo que la fuerza de los hechos es suficientemente esclarecedora. Pero, eso sí, declaro que todo lo dicho es absolutamente verídico; sobre lo que me mereció duda, o bien lo he omitido o, de lo contrario, lo dejé expreso.

Notas de Elsa Ardissono a su texto

(1) La casa, originalmente, tenía un jardín frente a las habitaciones, que arreglaban y cuidaban Leopoldo y mi madre. Posteriormente, cuando mamá se casó y decidieron con mi padre vivir todos juntos, se hizo construir una sala en el lugar del jardín y una habitación alta sobre la zona de los baños, que ocupó Leopoldo.

(2) Sí recuerdo, sin embargo, una llamada muy particular que hizo la Sra. Rosbaco a mi casa quejándose porque la abuela materna de María de los Ángeles, que la había anotado en el colegio «Sagrada Familia», había puesto entre los datos personales a Zoraida como madre. Yo me sorprendí mucho y le dije que, en todo documento, nuestros padres, vivos o muertos, son los que figuran en nuestra partida de nacimiento mientras no lo revoque un trámite de adopción legal. Ella, muy alterada, me respondió casi textualmente: «Entonces, Nene (me llamaba así, como a las chicas), como yo soy mucho menor que Leopoldo, si a éste le llega a pasar algo quedo desamparada, de manera que voy a tomar medidas».

(3) Es por eso que, es en este momento en que todo esto vuelve a mi memoria, más me hace daño el poema de mi tío donde habla en forma hiriente de sus hermanos. Quiero creer que lo hace genéricamente y no refiriéndose a sus familiares carnales, que siempre lo apoyaron material y moralmente para que pudiera concretar su vocación y sus viajes a Europa, a pesar de que la situación económica del grupo era muy difícil. Y sé que Alberto tuvo que renunciar a sus estudios y ponerse a trabajar a los catorce años, cuando murió mi abuelo.

(4) Muchas veces he pensado en este cambio de actitud y nunca pude llegar a ninguna conclusión valedera. Creo que, tal vez, volvió a influir en la vida de Leopoldo el sortilegio de ese departamento porque, según confesó él, lo había

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

comprado con su dinero pero puesto a nombre de la Sra. Rosbaco y, de mediar una ruptura, hubiera quedado en la calle.

ANEXO 4

Carta a F. L. Bernárdez

(Lleva membrete del MINISTERIO DE EDUCACION DE LA NACION ARGENTINA)

Buenos Aires, 16 de febrero de 1950

Querido Paco: he recibido tus «Poemas Nacionales», editados por la Sudamericana. Son cuatro hermosos poemas y ha sido una buena idea editarlos juntos. Por Alejandrito me enteré de tu súbita partida a Córdoba: espero que lo tuyo, más que enfermedad, haya sido un estado de ánimo (contestáme, pues a ese respecto no tengo noticia ninguna).

Por aquí las cosas andan igual: ambiente depresivo para la creación artística, indiferencia del medio, cada vez mayor. Me parece que nos ha llegado otra vez la hora de la «torre de marfil» o de la «catacumba». Si la creación no trajera en sí su propio fruto de felicidad, sería trágico para nosotros.

Escribime dos líneas para saber cómo estás. Cariños a todos, míos y de Elbia.
Un abrazo de tu

Leopoldo

N.B. Ayer me habló Molinari. Están por despedirlo de la Municipalidad, y trataba de verlo al Tuco¹¹. Le dí indicaciones. No sé cómo le irá.

¹¹ Se refiere a Hipólito J. Paz (1917-2013), escritor, músico, abogado y canciller de la República Argentina entre 1949 y 1951. (Nota de MAM).

ANEXO 5

Carta a la dirección de *Primera Plana*

Bs. As. 16 de agosto de 1967

Sr. Director de *Primera Plana*
D. Victorio I.S. Dalle Nogare

Estimado Director y amigo: en el número 242 de *Primera Plana* y en su *Historia del Peronismo* advierto dos inexactitudes que me conciernen y que debo rectificar. Tras referir una evocación mía del 17 de octubre y mi incorporación a esa marcha famosa, el redactor dice: «Aquella participación les valió a Marechal y a Castiñeira de Dios (ambos se consideraron apolíticos) sendos cargos públicos». En lo que a mi atañe la afirmación es rigurosamente falsa: con bastante anterioridad al 17 de octubre de 1947 (*sic* 1945) yo era Director General de Cultura del Ministerio de Educación. Durante el gobierno peronista que siguió tuve que abandonar ese cargo por otro de menor jerarquía más acorde con mi carrera docente iniciada en 1920 (*sic* 1921), la Dirección de Enseñanza Artística, que desempeñé hasta 1955.

Es rigurosamente inexacto que yo me consideraba apolítico ya que, solo un egoísta o un sonámbulo podrían ser apolíticos en los días que corren. Lo que dije, digo y diré es que nunca tuve una «militancia política», por la razón muy simple de que no soy un hombre de acción, si no de contemplación y meditación. Señor Director, le solicito que publique estas rectificaciones. Lo hago siempre, y en las mismas circunstancias, para evitar que corrientes fantásticas o fantaseadas conviertan mi real y natural biografía en una obra de imaginación en prosa.

Muchas gracias, y téngame por su afectísimo,

Leopoldo Marechal

«Recuperando la verdad». Entrevista a María de los Ángeles Marechal.

www.revistaelhipogrifo.com - Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata